

Magali Alabau

AMOR FATAL



BETANIA



AMOR FATAL



Magali Alabau

Magali Alabau

AMOR FATAL

Prólogo de Manuel Adrián López

editorial **BETANIA**
Colección BETANIA de Poesía

Colección Betania de Poesía
Dirigida por Felipe Lázaro

Portada y dibujos interiores de Sylvia Baldeón

© Magali Alabau, 2016
Editorial Betania
Apartado de Correos 50.767
Madrid, 28080, España

I.S.B.N.: 978-84-8017-371-1.
Depósito legal: M-12648-2016.

RECORRIDOS

Caminamos por Bleecker Street casi rozándonos los hombros, pero sin pronunciar una palabra. A lo lejos oigo a Thelma Houston que canta... *don't leave me this way*... parpadeo avisándole, instigando con la mirada para que se detenga a oír el himno que ahora yo oigo. Y digo himno, porque es la banda sonora de una época, y parte clave de la banda sonora de *Amor Fatal*. Una canción es capaz de causar una avalancha de la memoria y obligar a cualquiera a recapitular sobre el efecto dominó al que todos estamos sometidos.

Magali Alabau no ha escrito un libro común sobre el amor, sin embargo desde los primeros versos se percibe ese agridulce sabor que está relacionado con el sentir y también el pensar. La fatalidad en las relaciones humanas, el desgaste que a veces nos lleva hasta los golpes. Ella poetiza una época, textos con ribetes biográficos, aunque no lo son en su totalidad. Tiene el don de saber tejer magistralmente, e intercalar fragmentos de sueños esporádicos y ruidos de una ciudad que devora.

Seguimos la ruta trazada, se presentan una gama de personajes. Algunos vienen escondidos en el revestimiento de la maleta que traje consigo, casi vacía de aquella isla. Otros más recientes: el teatro, expertos actores a la hora del amor y de la traición. Y no olvidemos a los espectadores que esperan la función con algarabía y el después, para desmenuzar lo visto y lo que imaginan. Vuelve la música que nos atolondra, la veo detenerse en St. Mark's Place. Esparce sus

brazos. Al hacerlo llueven los nombres, rostros y picotazos de una vida entera que ahora se entrelazan con noticias de última hora, con recortes de periódicos, con el abrumador vivir en Manhattan.

Siento los *flurries* que empiezan a caer. La veo tiznarse de cal helada, pero andamos sin abrigos. Estamos a la intemperie, aunque no somos los únicos. Hay miles de personas que van con rumbo desconocido en busca de una bufanda, de un refugio. Y qué decir de los animales...

Interrumpe el altoparlante con aquella canción que cantaba Tina Charles... *Oh I love to love. But there's no time for our romance...* No puedo seguir callado, estoy asfixiado con la acumulación de preguntas, con una lista larga de nombres y calles.

Las páginas de *Amor Fatal* arden entre mis dedos, queman con la misma rapidez que he sentido otras veces al leer la obra de esta poeta reclusa que siempre está a la vuelta de la esquina, mostrándonos en bandeja una pizca de un mundo tizado entre el recuerdo y la fábula.

MANUEL ADRIÁN LÓPEZ

Abril 10, 2016, Inwood, New York.

Manuel Adrián López nació en Morón, Cuba (1969). Poeta y narrador. Su obra ha sido publicada en varias revistas literarias de España, Estados Unidos y Latinoamérica. Tiene publicado los libros: *Yo, el arquero aquel* (Poesía. Editorial Velámenes, 2011), *Room at the Top* (Cuentos en inglés. Eriginal Books, 2013), *Los poetas nunca pecan demasiado* (Poesía. Editorial Betania, 2013. Medalla de Oro en los Florida Book Awards 2013), *El barro se subleva* (Cuentos. Ediciones Baquiana, 2014) y *Temporada para suicidios* (Cuentos. Eriginal Books, 2015) Su poesía aparece en las antologías: *La luna en verso* (Ediciones El Torno Gráfico, 2013) y *Todo Parecía* (Ediciones La Mirada, 2015).

Mi profundo agradecimiento a Ileana Álvarez, poeta, ensayista y editora, por la lectura y revisión de este libro.

Doy gracias a Maya Islas, poeta amiga, por la lectura de Amor Fatal en su fase inicial.

A Manny López agradezco su constante presencia y fervor durante la gestación de este poemario.



Para Sylvia Baldeón



PRIMER ACTO



¿Por qué una canción,
un rostro nos arroja hacia el pasado
que ya no puede recorrerse?
Apareces en pedazos de sueños.
Cobras vida por un momento.
Cuando despierto, siento tu amor.
El amor que tiene que perecer,
que no puede recrearse por el día
porque es como invocar un muerto.
Muerto que cava hoyos en el pecho,
huecos profundos de vergüenza.
Reconocerme en tus besos,
el toque mágico para poder seguir,
para levantarme y comer las estrellas.
Lo que he sido después, lo que he buscado
en esos espectros y radiologías del tiempo,
ha sido pretender odiarte y odiar todo.
Somos dos preparaciones para morir,
hasta el final tus ojos me persiguen.
Tu mirada hizo que escribiera una palabra
y luego dos, que fuera la mejor o la peor.
Fueron tus pupilas laberintos en que nos encontramos.
Una historia se unió con la otra.

El deseo en cada una se vació
dejando un poco de ti en cada molde.
Tú, ahora, con ojos azules o grises,
yo, gritando barbaridades
por esta picazón constante de la vida.
Uno debe confesar en la cima,
sacar fuerzas para recitar las últimas líneas del *script*.
Tocar el corazón una vez más, rescatarlo.

Voy al teléfono,
no apareces.
Pudiera rogar
a los que te esconden
como si les hubieras prohibido
dar tus señales,
pero no, no pido nada,
ellos son personajes secundarios
que no imaginan ni la melodía
ni mis labios fundidos en el instante
en que tu lengua estrangula mi voz.

Esa actriz se parece a ti.
Tu tez mediterránea
cierra este capítulo que dejo
en la morgue.
¿Estarás en un hospital con miedo
y una maleta vacía?
Es hora de confesar.
El tiempo es un carro que echa afuera
lo innecesario y tú has quedado.

Cuánta grima
por ir al fondo de lo falso,

de lo que se pudre y fermenta.
Cercenar los labios, coserlos.
Aprovechar los insultos,
aceptarlos,
y así creernos redimidos.

Fue la ciudad, la noche
y el principio de otra década.
El ángel exterminador aún no tocaba a las puertas.
Frente al espejo,
con la música a todo volumen,
girando, conjugo la noche.
La ropa preparada para el impacto
y la admisión al vórtice.
Pasos y poses ensayadas
de entradas y salidas en los bares.
Escenarios donde me pierdo.
Manhattan late cortada en fragmentos,
tajadas en cada bar
desplegadas en pistas.
Imprescindible oscuridad
de humo y licor,
lunas en los vasos,

y copas de océanos rojos.
Trincheras de mujeres
desenfrenadas
anticipan el frenesí en la cama.

Los espejos crujen entre gesticulaciones
y sudor perfumado.

La temperatura aumenta
con la posibilidad del encuentro.

Vísceras y pelvis se restriegan
contorsionadas de placer.

Precipitas tu mano en mi cabeza
acercándose un poco el dolor.

El abrazo entre cuerpos sin conocerse,
torsos, rechinando
temblorosos, palpitan.

Tus dedos expulsan la tela, los botones
y mis senos.

Aterrizajes en la llama del piso,
el vértigo,

 leña quemando
pastillas y vino
hasta volverse ceniza.

Nos entregamos al ritmo engendrado
desde el alma de Harlem.

Iglesias transformadas en guaridas secretas,
misas de gemidos,
demonios y dioses exilados
oficiando misterios.

No era tanto llegar al cuarto
o las camas,
era vivir el arrebató,
mantenerlo vivo hasta el próximo viernes.

Los sábados entre sábanas blancas
entregadas al polen
y al registro carnal,
sucumbían al cansancio.

El domingo trazamos el mapa
del principio y del fin.

Ilusión o nada.

Lleno de violencia,
el amor se expresa
en ciertas formas de besar.
El útero clama
un orgasmo
que se aguanta
y sube hasta la espalda desgarrado.
Alrededor, tacones,
pintalabios, botellas
destilando vapores que trastornan.
Ritmo brutal al golpe de Disco.
¿Qué hacemos aquí?
La embriaguez nos monta en un taxi.
El carro nos transporta
a los brazos de Shiva.
Solo mirarnos,
un enchufe eléctrico nos amarra.
Olvidamos dónde dejamos la ropa.
Nos entregamos desde la boca hasta el infinito.
Nuestros dedos entrelazados
abren esferas celestiales,
nos revolcamos entre ellas.
En el espacio grabamos

un nacimiento y una muerte.
Una esfera para llenarla
de dulce hiel.

Un año,
unos meses,
una semana.
Que me sorprenda la muerte.
Que traiga rosas, un ramo
como tú me trajiste el primer día
en ese afán de conquista.
Pensé ordenar los poemas,
que estuviesen listos,
legibles.
Pasar a una caja
los ya terminados
y los insatisfechos
ponerlos en otra
con una nota póstuma.
Ahora no hay ahora.
Solo existe el reloj
compitiendo con ese otro
de los condenados.

Los que no logre reescribir,
al fuego conmigo
en la misma caja de pino,
y que ardan con mi cuerpo
en ese crematorio desconocido.
A última hora alguien traerá un *folder*,
o varios y se pagará extra
por esa inesperada quemazón de papeles.
El encargado, un amigo o el ángel de guardia
seguirán las instrucciones hasta el último detalle.
El ángel recuerda
tu voz baja,
tus ojos tristes
ante mi vozarrón
haciendo temblar el edificio,
digo, el teatro.

Juntando poemas,
uno escrito antes
se une a otro escrito ahora.
Mientras el reloj no camina
respiro este largometraje.
Me daba vergüenza besar a otra mujer.
Prefería besar a mi padre.
Era fácil, simple.
Una natural disposición
para invitarlos y luego
olvidarme que existían.
Pensé, quizás, me dijeron, quizás,
eso de que era una abominación.
Mi madre y mi tía repetían: qué asco.
Cuando pronunciaban la palabra pecaminosa
hacían una mueca como si fueran a vomitar.
Se referían a mi otra tía que según ellas,
padecía de la enfermedad.
No solo era una enferma,
es que era mala, nació mala,
una mujer sin sentimientos.
No quería a nadie.
Mira cómo abandonó a la madre

y se fue al Norte a los veinte años.
Siempre fue un problema
con eso de los escándalos
y las amigotas.
Jarros de agua fría,
agitadas, las urracas vociferan
que hubieran preferido una puta
a ya tú sabes qué.

A los dieciséis comencé el asalto.
Seduje al empleado de la ferretería,
al dueño de la mueblería,
a un electricista,
al trigüeño medio árabe en la piscina,
al tipo que haló mi mano debajo de la mesa
en la fiesta de graduación
haciéndome palpar su delirio.
Para empeorar las cosas
me dio por tener novio.
Las visitas del prometido al apartamento,
sentados los dos en el sofá por falta de sillones
con mi abuela y mi madre como dos generales
vigilando si nos dábamos un beso.
Mi futuro hablaba todo el tiempo
y aunque tenía un trabajo fijo,
usaba siempre saco y corbata
y se afeitaba meticulosamente,
me aturdía.
Según él, me presentaría
a personajes importantes.
Trató de impresionarme
con un gallego de boina y mostachos.

Director de un teatro,
calvo, bonachón
y con dos dientes de oro,
me dio mi primer papel
en las tablas.
Sin siquiera
auscultar mi talento
para las artes escénicas,
me confió el rol de Estrellita.
Después de ensayar unos días
en el Centro Gallego,
me plantó en un andamio
al aire libre,
y recité
La Rosa Blanca.
En un parque de un barrio habanero
se oyeron los primeros aplausos
que llenaron mi cabecita
de cuervos.
Fueron tantos que tuve que recitar
a tan perceptiva audiencia
"los zapaticos me aprietan,
las medias me dan calor

y el anillito que tú me diste
lo llevo en el corazón."
Fue tanto la alharaca,
que el gallego me presentó
al Director Provincial de Cultura.
Amigo de Otilio Alfarero
y Zenaida Acosta,
Eulogio Escolapio
lo primero que hizo
fue mostrarme una foto
de un niño negro y una niña rubia,
paleteando ambos
un castillito de arena
en la playa.
No me di cuenta del mensaje
de ocultos menesteres
porque mi ambición
era escalar la montaña
lo antes posible,
mejor dicho,
largarme de la casa.
De facciones etíopes
y largas uñas,

un día me presentó
a un robusto poeta
que me regaló
un librito verde pálido
llamado *Dador*.

Mi novio, el culterano,
nunca se enteró de mi infidelidad.
Cuando fui al campo a alfabetizar,
se apareció en la manigua
con cajas, maletas, mochilas,
y una sortija de compromiso.

Ya una vez en La Habana
haciendo otras fechorías
le mandé el anillo de vuelta.
¡Qué me voy amarrar
a tal palo y dar luz
o dar tinieblas!
Con los gritos que mi tía lanzaba
cuando parió a mi primo,
con tantas palanganas de agua caliente
y tantos paños de sangre que vi

entrar y salir de la habitación,
quedé puesta y convidada.
Esos alaridos no eran de ninguna
cigüeña ni de ningún oso.
Eran abismales picotazos
que le daban a aquello
para que saliera
el bulto.
Con los aquelarres de mi madre,
maldiciéndome,
porque por poco, según ella,
se va en una hemorragia
cuando me tuvo,
y con la repetida zarabanda
de su arrastre hacia el teléfono
porque estaba sola
y el agua se rompía.
¡Romperse el agua!
¡Qué manera de hablar!
No sabía hablar,
pero sí parir, parir y parir
anormales.

Con ese espectáculo
quedé en vilo,
porque era verdad,
el segundo jonrón
fue mi hermana.
Tengo todavía la fotografía.
A los cincuenta y cinco años,
mi tía dándole leche en un biberón.
Malditas ratas.

En casa eran todas mujeres
con excepción del lisiado de abuelo
que no tenía ni voz ni voto
solo trabajar de sol a sol
y caminar con un saco de malangas
en la espalda y unos cuantos
caramelos prietos.
Tenían al garete al palanquín,
el único hijo,
el hermano de mi madre.
Al pobre chicharrón le echaron el muerto
de ser el domador de leonas.
Tenía un perro, un bóxer llamado Bob
y de vez en cuando,
sin que sospecháramos,
abría la cerca para que el perro entrara a la casa,
se nos tirara y nos mordiera.
El pobre Bob encerrado en un cuartico
lleno de herramientas, no veía la luz del día.
Solo lo querían para cuidar gallinas.
Un día el perro amaneció muerto.
Mi tío lo envenenó, le estorbaba.
Estaba a punto de casarse con Angelita,

una muchacha dulce y buena
que nos amparaba y defendía
de los constantes correazos
que su prometido
plantaba en nuestras nalgas.
Permaneció con él, casi treinta años.
Y siguió así, incorruptible en su bondad.
No para el resto de la familia
que le indilgó un maridito
en el banco en que trabajaba.
A Angelita le hubiese gustado
tener hijos, varones sobre todo,
pero su augusto esposo era estéril.
Al cabo de tres décadas,
la lepra lo mató.
Nunca he podido reconciliar
la imagen de este ser implacable
y su ardiente látigo
con ese hombre postrado,
destituido.

Eres la perfecta mitad,
el encubierto doble,
la esencia de mis deseos.
Representé los personajes
que anhelabas.
Sin freno,
la pasión,
rebelde
contra el diseño
y la rigidez,
desplomándonos.
No había límite
que contuviera tal pasión.
Acabamos arrastrándonos
para mantenerla.
Día a día,
persiguiendo necesidades,
apartamentos, préstamos.
Ir al supermercado,
depositar el cheque.
Vi tu querido rostro,
cansado, envejecido,
sufriente.

Tanta carga.
Sin tregua,
las ocho horas,
marchando,
dejándonos detrás,
tratando por la noche
de replicar el primer beso.

Ganas de dormir,
cansancio.
Hubiera preferido
un pacto suicida
para no ver
el desenlace.
Celos, amenazas,
nos alejábamos.
Tenía que terminar,
por lo menos salvarte
del monstruo que aparecía
al final de la película.
La habitación, un ring de boxeo.
Un espectáculo que se extendió a las calles,
se exhibió en las aceras

y le dimos permanencia fija
en el teatro.

Cerramos con aldabas
los cuartos, el teatro
y nuestra amistad.
¿Quién disparó primero,
quién enloqueció después?

Los muebles,
las almohadas,
la ropa,
al basurero.

Las fotos las quemé.

Y con la otra,
y con el otro,
llenándome
de cascabeles.

Un áspid, chupando tus venas,
apartando dragones imaginarios,
fija en algo atroz:
que nadie te mire,
que nadie te hable,
que nadie te toque.

El aire te quería llevar,
y yo, no quería soltarte.
En un aeropuerto
hice que abrieran el buzón.
Te había visto echar una postal
unos minutos antes
que el avión arrancara.
Te vi, sí, me engañas.
La ventanilla del avión
embarrada de lágrimas
igual que nuestra historia
de Disco y golpetazos.
Llegamos al fondo,
y después del fondo,
llegamos al cementerio,
y por fin, me enterraste.

Yo y mis serpientes,
aplastadas por unos años.
Sus pedazos reaparecieron,
revueltas salamandras,
les salieron patas,
volvieron a caminar.
Me ayudaron a salir
de la oscura cueva.
Me forzaron
a levantarme,
a dejar las escamas.

Sacrificios sanguinarios,
sierpe en toda época venerada
por su sabiduría.
Mis vértebras son tuyas,
en mis huesos vives
con deseos irracionales
y venganza.
Iluminada serpiente,
una vez que te abraza
no te deja ir.

Una llamada,
una voz reconocida,
aún sin conocer.
Aviso,
risotada que me informa
que se acabó,
que se terminaron los recursos,
la retórica,
el vestido de novia.

El ladrón entró a media noche.
Una llamada inesperada,
te deja aturdida.
Cuelga.
La ventana se quiebra
y los vidrios rebotan hacia mí.
Palabras sencillas,
la víbora
a la cobra le dice,
querida, tu territorio
se ha ocupado.
Tus pequeños triunfos,
las esquinas de tu alma,

tu historieta de amor
han pasado a ser mías.
Una llamada
guardo en la cajita
de recuerdos miserables.

Voz,
anunciado el final
del tercer acto.
Los vidrios encajados
en las orejas
y en los labios.

Un vidrio me perforó
la vena de acá,
la de allá,
la del cuello.
Mientras recogías tu ropa
y sacabas el churre
de la buhardilla
en que vivíamos,
no me di cuenta
que poco a poco
habías llenado la maleta.

Despedida violenta,
sin golpes,
y si los hubo,
fueron perdiendo
fuerza,
pues tu cuerpo,
tus ojos, tu pelo,
tus dedos,
tus labios,
ya no me pertenecían.
Todo tan bien planeado,
el escape,
la llamada anticipando
la fuga,
la muralla de vidrios explotando
hasta rendirme inconsciente.

La salida,
tu cómplice esperando
en un hotel,
a unas cuerdas,
no en Viena
ni Alemania,

no en Suiza
ni en Francia,
no, a unas cuabras.

Intermediarios del crimen,
drama que rebota y se reescribe.
Sombra que se desliza
callada y va detrás de ti.
Quiere bailar contigo
y también conmigo,
pero los pasos
no son los mismos.

Victoriosa, no sabe cómo vestirse.
Se corta el pelo,
se unta gomina
para estar a la moda
de las crines espinadas.
Sombra confusa,
sin región,
ni nacionalidad.
Se embadurna los labios
y en las orejas,

se engancha argollas.
Por fin, de nuevo,
visita los caros restaurantes
de Manhattan.
Se acabó la miseria,
los animales recogidos en la calle,
las locas mujeres
que tocan a la puerta desvariando.
Se acabó buscar a los hijos, al marido,
llamar a los refugios
para que recojan a la miserable
que acampa en nuestra entrada.

Rumbo al Lower East Side
en una carreta,
el vidrioso cadáver
recorre desde Bleecker
hasta la Calle 4,
de ahí, a Saint Mark Place.

Camina
y camina muerta.
El Bowery es testigo
de su anónimo dolor.
Se tira al medio de la calle,
quiere terminar la odisea.

La calle anodina
muestra sus estrafalarios personajes
con máscaras futuristas.
Vendedores, compradores;
drogas, vino,
pastillas, *crack*.
Los faroles encendidos
alumbran el escenario
de un desangramiento
inusitado.

Reconocieron
mis piernas, mis brazos.
El certificado de defunción
nadie lo firmó.
Saint Marks Place
entre primera y segunda,
con el bullicio de *boutiques*,
restaurantes ucranianos,
hindúes y polacos,
dejó pasar la caravana.

Vístanla de blanco.
Escondan las heridas
con un sombrero a lo Greta Garbo.
Póngale unos zapatos
de tacones bien finos,
verde pastel plateado.
Sin maquillaje.
El velorio es esta tarde
cuando el cielo despida a las nubes,
y las tinieblas y la noche
pinten los edificios.

Una *dyke*
murió en la calle.
La recogimos,
la bañamos,
la vestimos,
la preparamos
para que sus amigotas
la vean por última vez.
Día de los Enamorados,
Disco Infierno,
las *lezzies* de Bonnie and Clyde,
La Femme, The Duchess,
y el Sahara,
asistieron al velorio.
Todas ingirieron el ácido
para ver el espíritu ese,
insensato,
abandonar las premisas.
Prohibido traer flores,
traigan botellas, cigarros,
anfetaminas, Disco.
Traigan el ritmo al funeral
de esta desconocida,

actriz, cubana,
no sé qué más.
Familia no tiene
y la amante
ya tiene otra amante.

A las 2 de la madrugada
me llevaron al teatro
enmascaradas todas
como en los viejos tiempos.
Se vistieron de ánforas,
princesas nórdicas,
y animales andinos.
Se disfrazaron de realeza
y en grupos llenaron
el espacio.
El ritmo de Disco
desencadenó el infierno.
Dentro del círculo,
en el centro del teatro,
expuesta con su traje blanco,
traspasada por vidrios
tiznados de sangre seca,

un tanto azul,
nos invitó a bailar
la última danza.

SEGUNDO ACTO



¿Quién llora cuando las hojas caen,
cuando el agua sin cesar las ahoga,
y revuelven la tierra
acunando gusanos moribundos?
El invierno tiene colores que olvidamos.
El rojo que grita,
el amarillo enfermo,
el negro que es ceniza.
Aunque lleve en la cabeza tantos mundos,
uno solo es el que uno habita,
nos saca un litro de sangre,
nos tira de perfil y de frente una fotografía,
nos toma las huellas digitales.
Uno pasa de fila en fila,
dándole a la espera otro nombre.
Medimos lo que no nos falta
por esa libertad sin condiciones.
Una entrevista más, unas declaraciones,
juramentos a otras estructuras.
Después de tanto procesarnos
no nos queda nada de los sueños.
Dicen que soñar no cuesta,
yo diría, sin pensar, cuesta la vida,

los minutos gastados, el trote,
las pequeñas mentiras.
Inventamos personajes que no existen,
declararlos, imposible.
Se cansa uno de tantos pedacitos,
pensar en algo, saltar a otro capítulo.
Actuar en el teatro de teatros.
Buscar un escenario y no un apartamento.
Los muebles son los *props*,
la mesa que arrojaron en la calle,
la silla sin patas, tan perdida
en medio de multitudes y desprecios.
Entonces estarían justificados los fragmentos.
El rompecabezas obtendría forma.
El teatro tira para un lado, te tuerce
y hace que te crezcan las pestañas.
Te pinta de rubia,
te pone morado cada ojo.
Eres tú, soy yo, interpretando.

Han ido desapareciendo
de uno a uno,
de dos en dos:
directores,
escenógrafos, maquillistas,
luminotécnicos, dramaturgos.
Trabajábamos juntos,
noche a noche,
siguiendo el *script*.
No me di cuenta,
que allá en las esquinas,
en sus apartamentos,
en esos anónimos hospitales
neoyorquinos,
se extinguían.

En los ensayos
no hablábamos del tema
por si acaso un infestado
se encontraba entre nosotros.
Los susurros y los chismes
comenzaron detrás de las cortinas.
Después, se acomodaron en las butacas del teatro.

No tomes agua en el mismo vaso.
Ten cuidado,
no dejes que te bese
aunque sea en la mejilla.
No te sientes en el mismo inodoro,
aguanta hasta que llegues a la casa.
No dejes que usen tu toalla.
Por lo más sagrado,
que no se pinten la boca con tu pintalabios.
Que no te maquille.
Dile que de ahora en adelante,
quieres tú misma maquillarte.
Te advierto, el Nene,
tiene manchas de esas hasta en las uñas.
¿Y qué más?
Si te invitan a comer en sus casas,
mejor dicho, en sus apartamentos,
no vayas, inventa algo.
Te pueden contagiar.

Los bares se vaciaron.
El miedo se escondió en los salones.
Se redujo la clientela
a unos cuantos rostros preocupados,
otros, en perpetua rebelión

como si el mundo
tuviera la culpa.
Ahora es él,
después aquel.
Clausuraron los baños turcos.
Al de la Calle 28 lo quemaron.
Un fuego sospechoso.
Vimos por la televisión
cuando los sacaron en camillas.
Dos murieron asfixiados.

Fui al dilapidado
hospital Roosevelt.
Arrastrando los pies,
un poco por cumplir,
un poco por deber.
Cuando por fin encontré el cuarto,
tuve que ponerme guantes
y una máscara.
¿En qué acto de qué obra me encontraba?

Ahí, Roberto,
con la desesperación
robándole la vida.
Me apretó la mano.

Vi lágrimas rodando
de sus enceguecidos ojos.
No pude aliviar la fiebre,
ni tampoco remover
el yunque de hierro
que lo aplastaba.

Pintas negras, azules, carmelitas
esparcidas en la piel.
Nata violácea
en la cama,
descascarándose.
En las comisuras de los labios
una espumilla blanca,
pequeños puntos esmaltados
reposando en la boca semiabierta.

Me fui volando,
a zancadas,
salté el hospital y las calles,
hundiéndome en el frío
tan frío de Manhattan.

Roberto, Eddy, Víctor,
René, Randy, Manolito, Rafael,

como monedas poseían dos caras.

Una, que presentaban al mundo,

a sus empleadores,

a sus familias,

la otra, la de las tablas

y las bailarinas clásicas.

Desbocados, libres y sin disfraces,

cuando no había moros en la costa,

interpretaban para el clan,

la danza de Salomé y los Siete Velos.

Eddy era portorriqueño,

de ojos saltones,

trigueño con pelo rizado

y largas patillas.

A veces, tierno, otras, venenoso.

Trabajaba en una fábrica

cosiendo sobrecamas.

Sin suerte en el amor,

sin compromiso, ni amante,

era un flechazo de la noche,

el que se arrodillaba,

debajo, por debajo, siempre.

El teatro, su residencia.

Personajes, la historia de otros.

El arte de representar
a los muertos,
y a los vivos.
Fenomenología
de caracteres y vidas
que no dejaron nada
hasta que una actriz o un actor
les prestaron su voz
gestos y alma.

El día que murió,
no podía dormir,
sentía escalofríos,
oía ruidos.

De repente, sentí algo o alguien
soplándome al oído.

¿A dónde fue?

¿Encontraría un andamio
en las constelaciones?

Ya no tendrá que cubrir
el cáncer en los brazos,
ni cansado arrastrarse por las calles.

No tendrá que someter su cuerpo avasallado
a enfermeras con miedo
ni a hospitales baratos.

Anda, camina, vuela intrépido
peldaño,
retuerce los brazos,
estíralos.
Bendice la muerte
o maldice la hora.
Alza la voz, sopla.
Anda con zapatos sin cordones.
Sórdida y gritando
o hablando incoherente
en el fango, muerde
lo que está frente a ti:
el cristal,
la toalla, la tierra,
el hierro,
el plomo,
muerde rabiosa.
Sin arrepentimiento pídele
al diablo ser su compatriota.
Desafía a las olas iracundas,
llenas de basura,
de zapatos y plásticas montañas
repletas de peces desgarrados,
de ballenas mutiladas, sofocadas

por horas de agonía.
Toca tu cuerpo,
respira,
detente en el paisaje
con greñas degradantes,
con la sangre del toro,
con la suciedad de las costas
y las plantas arenosas del bayú.
Con espinas enterradas,
entra al mar, deslízate,
aliméntate de un hielo azul
verdoso gris, llénate la boca.
No invites dioses para amortiguar el viaje.
Naces en una bolsa pegajosa, líquida,
te halan,
te empujan,
te raspan.
Te golpean para que sientas
el primer ay y asientas
al recibimiento del experto.
Se alegran porque la serie sigue,
la programación continúa,
la línea no se rompe.
Desde hoy tienen otro quehacer, tú.

Un fantasma en la Quinta Avenida
compra una papa con mostaza,
una *Pepsi* y se zumba para el otro trabajo.
Llego a las ocho, me marchó a las cinco.
Salgo a las doce, vuelvo a la una
con ganas de una siesta,
contando en el bolsillo el poco vuelto
que me dio la camarera.
En los viajes en tren,
de vuelta a Brooklyn, anhelo
ese descansito donde leo
el periódico de turno.
El News, el más barato,
el Times, no dice ni cuenta los balazos,
no explica el origen de los celos.
Mejor es no aspirar a nada,
pasar la temporada en una sala oscura
interpolando imágenes a punto de romperse.

Aquí tienes mis uñas amarillentas,
con hongos y escalas.
Examina la planta de mis pies,
máculas purpúreas.
Corre, tráeme el libro sagrado
que acarreas en tu cartera perfumada,
sepulcro personal donde guardas la palabra de Dios.
De ese ser tan misericordioso,
que según tú, me quiere como a un hijo,
me grita maricón a cada rato,
y me impone castigos como este.
Según tú, para purificar mi cuerpo.
En los tobillos, ampollas.
Vamos, tírame el discursito
de que una mujer y un hombre
se complementan.
Repite, otra vez, tu cliché preferido,
que Dios creó a Adán y Eva
y no a Adán y Esteban.
Bruja socarrona,
se me está cayendo el pelo,
tengo las rodillas hinchadas,
flojera en las piernas,

me caigo.

Te oigo detrás de mí,
machacando supuestas predicciones.

Me río de ti, sí, me río.

Muerte burlona con el pelo teñido
de un tinte barato color buitre,
con tu fétido aliento hablas de pecado
y falsos evangelios.

Me estoy quedando ciego.

Por la noche, dejo en la almohada un sudor agrio.

Cuando como arroz, vomito.

La diarrea se desliza entre mis piernas,
la sogá intestinal ya no la aguanta.

Eres la muerte y no te tengo miedo.

Eres ejército que atrapa,
tortura y ni siquiera mata.

Sí, que me castigue tu Dios luciferino
que sacrifica homosexuales,
prostitutas, haitianos, drogadictos
y a un montón de gente.

Muerte que usas estiletes cuando vas a la iglesia,
retándote, aquí estoy, en la jaula.

Esperando que me robes los riñones,

que me saques los pulmones,
el hígado y las córneas.
La piel reseca,
toda la basura sale
de mis poros.
No me queda voz ni laringe.
Soy virus,
pestilencia,
como tú,
escoria.

Marasma de paredes,
muebles viejos
recogidos en la calle,
destartalados,
inútiles y feos.
Pomos de medicinas
desplomados
en esa habitación
repleta de cuentos.
El fogón de cuatro hornillas
escabrosas, con escamas.
Dientes, uno encima de otro;
café, granos de arroz,
el polvo de algún insecticida,
vasos sucios vestidos
con el vaho del paso de los días.
Mosquitos atrapados
en tazas de café,
en la miel pegajosa
desplegando
sus huellas
y sus fechorías.

Anotaciones que luego no se entienden
por la premura

 y ese nerviosismo que produce
 visitar los lugares,
 los sucios escenarios.

Ella desapareció hace 33 años,
su novio diez días antes.

 Su prima,
 el esposo de su prima,
 su padre.

 A todos
 fueron a buscarlos.

A la mujer la golpearon,
le avisaron que todo estaba listo.

Feliz cumpleaños.

 La desnudaron, la colocaron
en una mesa de madera en la cocina
y atada de pies y manos
procedieron a aplicarle
el tratamiento.

Entre ellos comentaban
que hay que encontrar el punto más sensible
donde mejor se aplica.

Puede ser en los pezones
o debajo de las uñas.
Los senos se volvieron dos cartuchos
estrujados, mientras alguien
apuntaba una navaja
para desinflarlos.
Trajeron al médico.
Le informó
a la parturienta
que no había anestesia,
y después muy bajito,
apenas susurrando,
se acercó a la oreja y le dijo:
Te hago esto para liberarte.
El resto de los espectadores
en el cuarto,
participó aguantando una mano,
una pierna, o la cabeza.

Estos incidentes sorprendidos
llegan así inesperados,
te dicen lo que pasa y sin embargo,
no crees lo que te han dicho.
Una vez que asimilas el suceso
pasa algo en el cuerpo, no lo sientes.
Te quedas sin brazos, sin piernas,
sin latidos
y corres como si
 dependiera de tus pasos
 el remedio.

Ahí se acaba tu autoría,
y el control del universo.
Te das cuenta que hay cosas más allá
de la rutina, que irrumpen, que hacen cesar
el monótono transcurso de las horas.
El viento se vuelve tu enemigo
y aunque dices y crees en oraciones,
no funcionan repetidas con premura.
Rezar así no vale.
Debí hacerlo hoy por la mañana,
o por la noche o por vida.
Yo no creo en la muerte.

Ahora la veo en todos lados:
en los mercados que visito,
en esa carne artificial rosada
del pescado que, al no tener pestañas,
consigue con su ojo abierto amedrentarme.

Mirando un viejo filme
sobre Muhammad,
descubrí a un amigo lejano.
Alto, trigueño como los árabes.
Ojos de gato,
cabello terso negro azabache,
ondulado y suave como su postura.
Paciente inesperado,
sentado en la cama.
Tratamos de levantar su ánimo.
Admiramos la habitación,
la limpieza,
el servicio de las enfermeras.
A sacarlo de sus ideas fijas,
a quitarle el miedo,
no sé si a la muerte
o a su antesala.
Aún rezaba y pedía
alguno que otro helado.

La ambulancia por la madrugada,
un ataque gástrico
de espasmos y diarrea.

Bajo, bajito:
es la primera vez
que expulsa sangre.
Ya pasó.
Ahora con las medicinas
y la transfusión
te sentirás mejor.

Oigo mis palabras vacuas
llenas de entusiasmo lacerado,
infladas para el consuelo
del que espera.
Lo llevamos al parque hospitalario.
Su bata blanca contra el verde césped
irrumpe en sollozos.
No puedo llorar con él.
Soy el colchón donde se acuesta.

Ni Grace, ni Antonio,
ni Dora, ni Alberto ni Carlos
han venido.
Mi mano acaricia
esta cabeza desconocida.

Le cierro los párpados,
lo invito a que dormite en la hierba.
Una frazada improvisada
cubre su desamparo.
Soy testigo de las llagas.
Sus ojos comienzan a perder el brillo.

Tratamientos experimentales,
salas parecidas a naves espaciales.
Sonríe cuando puede
con dientes blancos y perfectos.
Cada día más enjuto.

Le digo:
Mientras comas
nadie te lleva de aquí.

Hongos, aerosoles
píldoras, pastillas.
Termos, jugos estrafalarios, hielo.

Intercambiara su bata blanca
por mi disfraz,
la muerte nos confundiría.
Avasalladora la garra que lo echa

hacia la cama.
Diagnóstico sombrío
su destino final.

Este cuerpo extraño
qué es durante el día,
sino gestos sin voluntad,
oración que comienza
y no termina.
Vaso de agua que no intenta
ahogar ninguna pena.
Luna llena de coyotes,
platinada noche
con estrellas que aúllan.
La oreja en la ventana,
las ramas desnudas,
invierno que intimida.
Cortinas cerradas
entre el deseo y el miedo.
Camino por la sala,
coloco el teléfono muy cerca,
por si acaso.
Guardo el monedero
por si el ladrón llegara,
así y todo, esta corazonada,
este olor a gasolina,
luego a nada.

Los días pasan.
Se agrietan en los muebles.
Cada uno de ellos me recuerda
el sabor del basurero.
¿A quién le importo?
Ni a la tierra ni al mar,
ciudadana prestada.
No hay espejos.

La víctima, atenta y servicial
fue golpeada brutalmente
en plena madrugada.
La herida le abrió el cráneo.
En el pavimento
había sangre todavía.
Rojo líquido incrustado.
Ripio rojo en el cemento.
Noche larga imaginando qué hacer
con el peso del día.
Horas aburridas cavilando.
Memoria, floreros, un raro altar,
confederación de muertos y de velas.
Lo único vivo es un pájaro enjaulado,
y el reguero del siniestro.

Sin un quilo,
ni trabajo,
sin tarjetas de crédito
ni entusiasmo.
Dejar el apartamento,
cerrar el teatro,
abandonar las premisas
e irme por unos meses
a un lugar prestado.
Comienzan las limosnas,
los favores,
los préstamos,
las garantías.
Pidiendo un poco de azúcar,
limpiando oficinas,
pagando a un indigente 10 dólares
por acarrear lo poco que poseo.
Trecho largo y penoso bajo el sol del verano
siguiendo a la carretilla del borracho.

Pintar una vez más las paredes,
tapar los huecos con yeso,
cubrir las heridas con yeso,
blanco yeso, vendas.

Contra la ventana
que da a la escalera de incendio,
una cama pequeña,
un catre más o menos.

El orden, un contrato.
Los papeles con papeles.
El libro encima de la cama,
no debe estar ahí, pero está.
Libros en desorden, fustigados.
¿Y las plumas? Una dentro de la cartera
y la otra detrás del salero, abandonada.
En la cocina los trastos se mezclan con el aire,
producen olor de días calurosos.
Entrar en una casa y exclamar ¡todo es perfecto!
Pasear por el museo y sonreír pensando
qué tan equilibrado y bien planeado.
El orden ha desistido.
Primero, las moscas.
Se colaron no sé por dónde.
Saldrían del basurero.
Se crían en la comida que dejaste
en un plato de cartón.
Vivir en la inclemencia.
Asesinar el orden.
Nadie comprende
por qué aún no he leído sus libros,
sus novelas, sus ensayos,

por qué no respondo a las llamadas
ni a las cartas.
Nadie sabe que el desorden,
ese marasmo de desarticulaciones,
de cuentas, de mandados, de listas, se acumula.
Tantos cheques por cambiar y que no cambio.
Tantas cosas por decir que no digo.
Dejar ir los billetes,
dejar sueltas las monedas en el suelo.
Sin orden no tengo que contar el tiempo.
Sigo lo que diga mi acabado yo,
lo que guste mi deseo en las tinieblas.
El orden me recuerda tu rostro.
Me recuerda tu envidia.
Me recuerda tu labio manchado por la burla.
El orden me recuerda tu puntualidad.
Las horas siempre en su sitio.
La ropa preparada de antemano,
planchada y colocada en una silla.
El ticket de la guagua,
la taza en espera del café
y ese desayuno sin variación y estéril.
El orden tiene su lenguaje,

el del control y la factura.
Prepara su uniforme y el castigo.
Ve las cosas en grandes cantidades,
al por mayor y en dos colores.
Todo lo que guarda es útil.
No hay plantas en su departamento,
ni siquiera un perro,
si acaso tiene algo
es un pájaro encerrado en una jaula.

Sin dormir por años,
en retazos.
Se me han caído varios dientes.
Tengo en las piernas,
venas prominentes
color azul oscuro.

La tos le rompe la garganta.
Mojada de un humor lacerante,
desenrosca su cola.
Expele avalanchas de pus
que atacan los pulmones.
Entre sus dientes
y el firmamento,
la niebla.
Frío,
la noche, la nube,
el tumulto y la línea.
La cáscara se desprende del cuerpo.
Entra al reino
verdadero,
mudo,
sin piel, así entra.

Tantos gusanos
rojos, gruesos,
retozando en la tierra.
¿Cómo arreglar el asunto de la muerte?
Creí que el cementerio estaba pago.
Pensé hasta en la pira de los griegos.
Lo único que hice fue esconderme.

Un catálogo,
uno puede escoger la forma precisa:
la horca,
la silla eléctrica,
la escuadra de fuego,
la cámara de gas
o una inyección letal.
Sí, cuando el juez firma la sentencia,
el reloj, relojito, relojero
comienza su tic-tac.
Una rutina prolifera:
invitaciones a la presentación,
registros cada cierto tiempo,
por si acaso
ha guardado una cuchilla,
un cristal roto,
o un pedazo de espejo.
Cuando al fin llega el transporte
al edificio, encadenan al reo,
y en una jaula con ruedas,
el cortejo avanza.
Quedan veinte horas.
Los despavoridos guardas

le permiten que cante
o que recite un poema.
Tres inyecciones lo bautizarán.
La primera, lo dejará inconsciente.
La segunda, —dicen—
ha de paralizarle el cuerpo
(pero no la mente).
La tercera, sembrará terror.
Todo esto en siete minutos.
No se puede pedir más.

Signos

y diseños.

Todo anda mal.

Estoy adentro,

atrapada en un mapa de recuerdos.

Aturdida de objetos,

separada de las horas,

de mis pertenencias,

parada en la plataforma

de no sé qué teatro.

Una actriz que ha olvidado

las palabras del libreto.

Sin atención los objetos envejecen.

Otro día sin energía.

Ya no me miro al espejo.

He crecido en la enfermedad.

Sus tentáculos

me amarran a la cama.

Cuatro pastillas me alzan.

Una se prende a un brazo,

la otra, del otro.

Las otras dos

se encargan de las piernas.
Así careno en la cocina
en busca de la cafetera,
para enjuagarla sin jabón,
lavar una taza, una cuchara
y encontrar la lata del café.
Erguirme, como si el café,
pudiera surtir el mismo efecto
de cuando lo tomaba
antes de ir al trabajo.
Qué manera de vivir.
Qué manera de morir.
Vuelvo al sofá, y me digo,
cuando el café me haga efecto
voy a limpiar la casa.

Debería ir al médico,
pero no tengo ganas.
No quiero que diga
lo que no quiero oír.
Me remitirá a los especialistas
que me sacarán sangre,
como si tuviera tanta.

Un electrocardiograma,
rayos X en los pulmones,
análisis del orín.
Me registrarán la lengua,
auscultarán el corazón.
Me preguntarán por esas diminutas
lesiones en el cuerpo,
su genealogía.
No confesarás las pastillas que ingieres,
 que consigues por ahí,
 compras por ahí.
Y mucho menos cuántas
ni cada cuánto tiempo.
Le dirás que tomas cortisona
prescrita por el veterinario
a uno de tus perros.
Cuando pregunte
cuántos miligramos,
le dirás,
la misma dosis
del perro.
¿Cuántas horas duermes?
Cinco o seis

y alguna que otra siesta.
Solo tú sabes que ya no duermes,
que orinas demasiado
color café,
rojo,
nunca transparente.

Orestes era un niño limpio y lánguido.
Su madre cada mañana lo cogía de la mano,
le enseñaba los buques,
le besaba los labios.
Orestes era una niña de ojos serenos
y una sonrisa.

Impecable eran sus gestos,
siempre sentado al frente,
yo en el fondo.
Le pagaban para que ayudara
a personas como yo,
ineptas,
una de esas empleadas
que él no concebía
que trabajara en la tal corporación.

Ese día su asiento estaba vacío.
Un día normal en la oficina,
una reunión sobre entrenamiento y estadísticas.
Los empleados en uno de los salones,
mantenían un extraño silencio.
Tenían la vista fija en los mosaicos del piso,

en los bombillos del techo,
en las ventanas selladas.
Después de un rato de este raro mutismo,
me atreví a preguntar qué pasaba.
Susurrando alguien me dijo:
Orestes mató a su madre.
Me informaron lo que nadie sospechaba,
que Orestes tenía SIDA.
Después de varios días de ausencia
y de no contestar las llamadas,
la compañía envió
a uno de los empleados
a su apartamento en Brooklyn.
Vivía en una zona muy tranquila y residencial.
En uno de esos apartamentos de alta manutención.

Tocó a la puerta,
nadie contestó.
Insistió varias veces
sin resultado,
llamó a la policía.
En la sala, en el piso,
en medio de un charco de sangre,
una forma ya sin vida.

Orestes,
era un crisol de limpio.
Oía Bach,
era puntual.
Uno de esos empleados
a los cuales incrementan anualmente
el máximo al salario.
Un gran porvenir
con ese trabajo tan bien renumerado,
con tantos beneficios, así y todo,
Orestes asesinó a su madre a martillazos.
La enfermedad
 había avanzado
a remotas regiones del cerebro.
No soportó los cuidados
ni el orden que su madre ostentaba.
Un orden compulsivo
que él mismo padecía.
Quizás hubo veladas acusaciones,
o pequeñas diatribas.
Quién sabe si un gesto, una expresión,
una palabra, hizo que el martillo arremetiera
una y otra vez contra el rostro

de la autora de sus días.

La Iglesia Presbiteriana Unida
estaba constituida por reglas muy estrictas.

Tomar era prohibido,
fumar era prohibido
y el homosexualismo,
una transgresión de las más graves.

Herida de muerte,
su progenitora,
trató de defenderse.
La sangre escapaba de su cuerpo.
Corría arruinando la alfombra
que había costado tanto.
Orestes fue a la cocina
abrió una de las gavetas
y encontró
un cuchillo afilado.
La sangre saturó la habitación.

Pasaron unos días
y finalmente alguien llegó.
Ahí estaban los dos.

No hubo resistencia.
Sus pupilas inaccesibles
no pertenecían ya a ese lugar.
Los asistentes ambulatorios
y los policías
colocaron el cuerpo de la madre
en una bolsa verde oscuro de nylon.
Se oyó el trajín en la escalera.
A Orestes lo esposaron,
lo aguantaron
y lo sacaron del apartamento.
No duró mucho.
Terminó sus días
en un cuarto solitario.
Su hermana y hermano,
sus parientes,
no quisieron saber
nada más de él.
El juez lo pronunció incapacitado
para el juicio.
Cuando murió pesaba sesenta y tres libras.

Blusa inmaculada,
medias transparentes,
labios muy pintados
entre no sé qué decisión
de últimas palabras.
Fin de año en ese lugar que ya no existe,
donde no hay anuncios ni postales,
ni siquiera esa alegría siniestra
de matar animales en el baño.
Con dólares eres reina por un día.
Gastos y regalos,
humillaciones aprendidas
trabajando dobles turnos
o guardando propinas.
Una invitación a cenar fuera.
A celebrar el *post mortem* con comida.
La familia completa en fila india,
elocuente camina como si fuésemos
a un balneario a despedir la muerte.
Yo esperando la eternidad del mediodía,
mientras las moscas se arrebatan
con el festín chinesco
dejado atrás por alguien como yo

que está de paso.
Un ventilador falta,
las moscas revolotean los platos.
Plástico el tenedor,
el cuchillo y la cuchara.
El agua nublada en un vaso
enjuagado sin jabón.
Devoramos el cuerpo cocinado a la plancha,
duro, medio crudo y frío.
Un gran festín romano,
en esta tarde,
después del funeral.

Escaparates llenos de fotografías,
canciones pasadas se renuevan
en encuentros
donde no hay palabras,
donde no pronunciamos
muerte o cementerio.
Recordamos que ahí sucedió esto o aquello.
Allá, en el otro lado,
ese desmedido afecto,
esa manera tan simple de decir qué bueno,
ay, sí, qué bueno, ven, no te arrepientas.
Las palabras hacen sentir
la belleza del olvido y la memoria.
Comprar obsequios
que calman los dolores diarios,
pedir las tallas,
hacer una lista con los nombres.
No olvidar ni al vecino ni a los perros.
No dejar a nadie fuera del perímetro cuadrado.
Ver la maleta cómo crece.
Volverme mula, caballo, buey, tortuga.

Un lugar sin aire.
El balcón a punto de caerse,

animales en la calle,
sofocados, con hambre,
sin piel ante ese sol que ruge.
Vas a un viaje, sabiendo que ya
tu corazón no late tan despacio.
Te preguntas si habrá un hospital
que me reciba cuando no pueda más.
Lo más notable e inminente
es la ida a ese aeropuerto.
Volar al centro,
en un avión con hélices legales.
Entrar en sitios conocidos,
desintegrados por otras experiencias.
Buscar el origen
sin fin y sin las treguas.
Fija la mirada en plantas mustias,
en ese puerto de cambio tan temido.
¿Dejarán pasar los envoltorios,
las momias y las contadurías?
Los años se han doblado,
se han abierto los mapas de la cara.
Llego con la cabeza baja,
arrastrando maletas,
pidiendo perdón por los regalos.

Uno deja las predicciones,
se va de un lugar y ya no pertenece.
Con el tiempo usas tijeras que cortan
aquella vida que saltó al otro lado.
No hay palmas ni glorietas,
no hay agentes que lleguen de repente
a amenazarnos con fusiles sin balas.
El miedo se termina en ese cruce,
con el nuevo aire y el lenguaje
de una azafata sonriente
que nos habla en otro idioma.
Entras por la calle principal, donde descubres
hormigas caminando rápidas y eficientes
como si el mundo estuviera a punto de acabarse,
ejército uniforme de urnas, de familia,
de préstamos y universidades.
Roma enardecida donde Fortuna existe.
País desordenado que respeta la miseria y la cría.
Están los altos edificios, los besos rápidos,
amores que hacen olvidar el ruido de la isla.
Ese corazón tan aplastado, tan sin vida,
fabrica otra esperanza, otro oído, otro rostro
y se transforma en un hospital desconocido.

Estamos condenados a quedarnos.
Las sogas ya no existen, las desató
el pavimento gris, irreparable, raro.
Ir a un bar, besar, tocar la piel,
acariciar un cuello,
sentir la espuma que te baña,
no importa de cuál orilla sea.
Un hotel lleno de luces de neón y muros plásticos
donde uno busca a alguien o algo sin saber
si ha de abrirnos las puertas,
no importa que esté enfermo,
que exista la posibilidad de asesinarnos.
El amor anónimo nos hace adictos.

Fotos tomadas por un viejo polaco
en las ruinas de tu casa o la que fue tu casa,
conservadas en alguna caja sucia,
cerca de los huesos de alguien que terminó en un hoyo.
Las puertas, la fosa, charcos, agua.
Entre el charco y el crimen, la mentira.
¿A cuál aludir primero?
Tapando los muros,
las hormigas se esconden en el hueco.
El crimen puede ser un cuarto ensangrentado
o una siniestra escalera para arrastrar los cuerpos.
Están duros, hincados van sobre el concreto,
sin peligro ya, sin miedo por atrasar la ruta.
¿Cómo extraer el último ay
de ese sorprendido tiro en la cabeza?
La tierra seca, amarilla verdosa, disecada,
lubrica el terreno con las heces
de los ciervos y las liebres.
¿Cómo pensar que el demonio
vestido de uniforme, multiplicando rifles
y soldados sea capaz de tal empresa?
Qué importan las galaxias, los colores y hallazgos,
si existen lugares siniestros donde se agolpan

y ajustician las víctimas de cada dinastía.
Yo no sé su nombre.
Se reproduce y aparece en toda época.
Es omnisciente, todo lo ve y todo lo oye.
No sé si es uno o muchos.
Se trata de una dimensión
donde la compasión se desconoce.
No sé qué nombre tiene este visitante
tan famoso que engaña
y su belleza nos deslumbra.
No sé si es él o ella.
Solo tengo referencias aprendidas
saboreando dolor y testimonios.

Entre la arena
y las espinas secas,
entre cajas vacías,
descompuestas por la tijera
y mis manos,
vueltas alfombras en el patio
se acuestan gatos viejos,
piedras desenfocadas
barridas por el soplo
del viento.

Entre los árboles que agitan
hojas muertas,
o muriéndose
o podridas,
montículos amarillos
de hojarasca verdes, revivo.

¿Cuánto queda?

Pudiera salir y abrazar a un amigo
sonreír y comer, recordar
con alegría el encuentro.

Ya es tarde,
la certeza se afinca
en eslabones que apenas

puedes cruzar.
La frágil estructura
aterra tus pasos,
te hace sentir extraña en tu piel.
Dentro, el paisaje persiguiéndote.
Viajas a tierras que no conoces,
que pudiste conocer
pero que no escogiste
en aquel entonces.
Admirabas la belleza del edificio,
los murales y la redondez
del coliseo.
Despierta a las cuatro,
a las tres a veces,
me enveneno.
El elixir
que despierta.
Hay un ritual a esas horas.
Se prepara el fuego,
la pluma y se adjuntan papeles.
Frente a mí, paisajes que rebotan,
guerras que no entiendo,
desiertos con tanques de acero,

banderas negras o de otros colores.
Congregación de reptiles abandonados,
destinados a ser carteras de piel.
Alborozados por el hambre
se recuestan a la cerca de púas
esperando.

Ayer por poco lloro,
por poco ya no lloro.
Pusieron el anuncio de un perro,
el perro más triste del mundo
que no come y se quiere morir.
Buscan a un nuevo dueño,
pero yo no puedo.
Tengo el cuarto lleno de tuercas abandonadas
que ahora son mías.

Cada época tiene su cámara
diminuta para la disección.
Sobre la mariposa hay libros ilustrados
que se compran y se leen en el Coliseo.
El libro muestra fotos de cómo disecar las alas,
intactas apresarlas contra la superficie del vidrio.
Hay clavos invisibles, diminutos para esta operación,
en las puntas de las alas, hacia los bordes, se injertan.
Se les inyecta un líquido
que no deja pulverizar el polen.
Luego un ungüento perfumado
para que no pierdan el color.
Pequeños rectángulos, cristales sin peso,
que el naturalista ha escogido
para resguardar el precioso hallazgo,
se colocan encima de la delgada momia.
Así es admirada en el museo, mostrada en fiestas
entre conversaciones de *scotch* y vino.

¿A quién le dará fama este pedazo de cuarto limpio,
donde pequeñas configuraciones
dispuestas a rendirse
se brindan a ti como holocausto?
Hasta el final de tu creación,
estas pequeñas sombras,
a tu definición escapan.
Voltean, sí, el contorno de espaldas descubiertas.
Asesinadas y echadas al borde de un pasillo,
sus cuerpos amaratados por el roce
de la pared y el oxígeno ralo,
esperan ser reconocidos.
En el piso yacen, gimnastas convertidas en amebas.
¿El frío entraría de repente? ¿Abriría alguien la ventana?
Echadas al cuarto con sogas aflojadas por el vencedor,
vencidas dejaron sus ropas en los árboles,
en las enredaderas que flotan de las ventanas.
Vaciadas en los latones de basura,
quién sabe si buscaron en ellos sus propias armaduras.
Había armas para ellas en cualquier lugar.
Siempre la posibilidad de decir no.
Vienen agrias de tanta fama
a buscar en el cuarto la soledad.

Saben que ahora les toca a ellas.
Sus ofrendas las encuentran
emadurnadas de aceite violáceo.
Tumbas a punto de abrir.
En el piso, águilas, auras,
pájaros que graznan,
anunciando la entrada de ellas al panteón.



ÍNDICE

Prólogo de Manuel Adrián López	7
--------------------------------	---

PRIMER ACTO

<i>¿Por qué una canción</i>	15
<i>Voy al teléfono.</i>	17
<i>Lleno de violencia</i>	21
<i>Juntando poemas</i>	24
<i>A los dieciséis comencé el asalto</i>	26
<i>En casa eran todas mujeres</i>	32
<i>Eres la perfecta mitad,</i>	34
<i>Yo y mis serpientes</i>	38
<i>Una llamada</i>	39
<i>Rumbo al Lower East Side</i>	44

SEGUNDO ACTO

<i>¿Quién llora cuando las hojas caen?</i>	51
<i>Han ido desapareciendo</i>	53
<i>Anda, camina, vuela intrépido</i>	59
<i>Un fantasma en la Quinta Avenida</i>	61
<i>Aquí tienes mis uñas amarillentas</i>	62
<i>Marasmo de paredes</i>	65

<i>Estos incidentes sorprendidos</i>	68
<i>Mirando un viejo filme</i>	70
<i>Este cuerpo extraño</i>	74
<i>Sin un quilo</i>	76
<i>El orden, un contrato</i>	78
<i>Sin dormir por años</i>	81
<i>Un catálogo</i>	83
<i>Signos</i>	85
<i>Orestes era un niño limpio y lánguido</i>	89
<i>Blusa inmaculada</i>	94
<i>Escaparates llenos de fotografías</i>	96
<i>Uno deja las predicciones</i>	98
<i>Fotos tomadas por un viejo polaco</i>	100
<i>Entre la arena</i>	102
<i>Cada época tiene su cámara</i>	105
<i>¿A quién le dará fama este pedazo de cuarto limpio</i>	106

Este libro de la Colección Betania de Poesía
se terminó de imprimir
el día 31 de mayo de 2016.



editorial **BETANIA**

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España.
E-Mail: ebetania@terra.com y editorialbetania@gmail.com
<http://ebetania.wordpress.com>

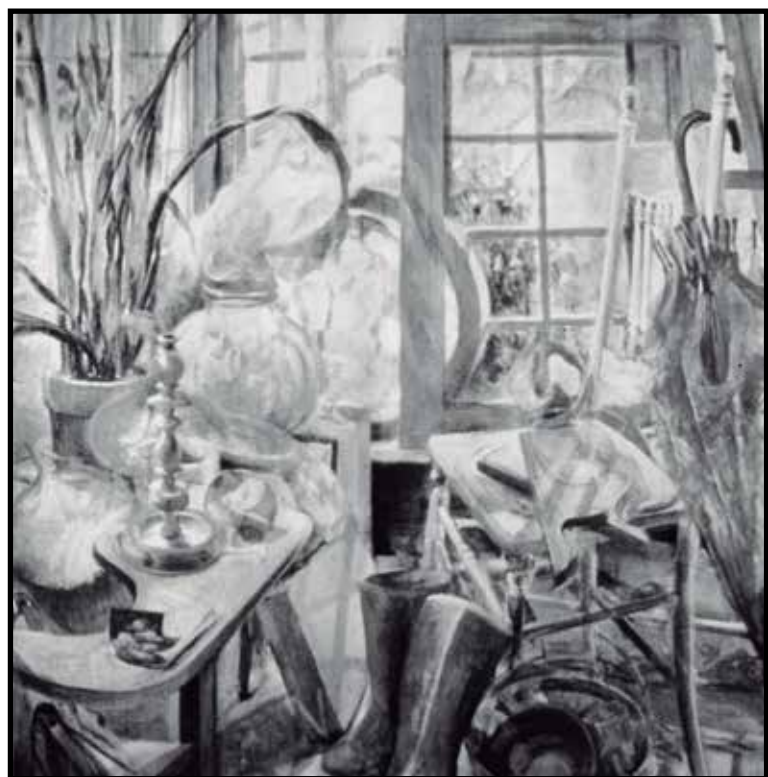
RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2016)

Colección Betania de Poesía:

La novia de Lázaro, de Dulce María Loynaz.
Voluntad de Vivir Manifestándose y Leprosorio (Trilogía Poética), de Reinaldo Arenas.
Piranese, de Pierre Seghers. Traducción de Ana Rosa Núñez.
13 Poemas, de José Mario.
Venías, de Roberto Valero.
Un caduco calendario, La luz bajo sospecha y Érase una vez una anciana, de Pancho Vives.
Confesiones eróticas y otros hechizos, de Daina Chaviano.
Oscuridad Divina, Polvo de Ángel y Autorretrato en ojo ajeno, de Carlota Caulfield.
Hermana, Hemos llegado a Ilión, Hermana/Sister, Dos mujeres, Volver y Hemos llegado a Ilión (1ª y 2ª edición) y Amor fatal, de Magali Alabau.
Altazora acompañando a Vicente, Merla y Quemando Luces, de Maya Islas.
Delirio del desarraigo (1ª y 2ª ed.), Psicalgia/Psychalgie (1º y 2ª ed.), de Juan José Cantón y Cantón.
Noser y Sin una canción desesperada, de Mario G. Beruvides.
Los Hilos del Tapiz y La Resaca del Absurdo, de David Lago González.
Blanca Aldaba Preludia, de Lourdes Gil.
Tropel de espejos, de Iraida Iturralde.
Puntos de apoyo, de Pablo Medina.
Hasta agotar el éxtasis, de María Victoria Reyzábal.
Señales para hallar ese extraño animal en el que habito, de Osvaldo R. Sabino.
Leyenda de una noche del Caribe, Vigil / Sor Juana Inés / Martí, Bajel último y otras obras y Calles de la tarde, de Antonio Giraudir.
Cuaderno de Antinoo, de Alberto Lauro.
Poesía desde el paraíso, Cosas sagradas y Resaca de nadas y silencios, de Orlando Fondevila.
Memoria de mí, de Orlando Rosardi.
Equivocaciones, de Gustavo Pérez Firmat.
Fiesta socrática, Versos como amigos y Los silencios del rapsoda, de Florence L. Yudin.
Hambre de pez, de Luis Marcelino Gómez.
Juan de la Cruz más cerca, Batiburrillo y Canciones y Ocurrencias y más canciones, de José Puga Martínez.
Cuerpo divinamente humano y Vidas de Gulliver, de León de la Hoz.
Hombre familiar o Monólogo de las Confesiones y Bajó lámparas festivas, de

Ismael Sombra Haber.
Mitologías, de María Elena Blanco.
Entero lugar e Íntimo color, de Laura Ymayo Tartakoff.
La Ciudad Muerta de Korad, de Oscar Hurtado.
No hay fronteras ni estoy lejos;... Se ríe de esquina peligrosa, ¿Qué porcentaje de erotismo tiene tu saliva?, Una cruz de ceniza en el aliento, Que un gallo me cante para morir en colores;... Y se te morirán las manos vírgenes de mí, No sé si soy de agua o de tu ausencia, La cadena perpetua de nunca olvidarte, Le puse alas al mar para que viniera a verme y Ciudadano de un archipiélago de ternura, de Roberto Cazorla.
Oasis, de José Ángel Buesa.
Versos sencillos, de José Martí.
Voces que dictan y Reinenciones. Poesía desde el pensamiento, pensamiento desde la poesía, de Eugenio A. Angulo.
Tantra Tanka, de Aristides Falcón Paradi.
La casa amanecida y El invitado, de José López Sánchez-Varos.
Sombras imaginarias, Vigilia del aliento y Sigo zurciendo las medias de mi hijo, de Arminda Valdés-Ginebra.
De_Dos que el amor conocen, de Pedro Flores y Lidia Machado.
Rosas sobre el cemento (Poemario de la primera mitad del siglo), de Carlos Pérez Casas.
Catavientos, de Lola Martínez.
País de agua, de Carlos E. Cenzano.
Desde los límites del Paraíso y Alicia en el Catálogo de Ikea-La noche de Europa, de José Manuel Sevilla.
En las regiones del dios Pan, de Carlos Miguel González Garrido.
La flauta del embaucador, de Eduarda Lillo Moro.
Madona, de Jaume Mesquida.
Poemas a ese otro amor, Desencuentros, Símpatos, Sentimientos y Huellas, de Víctor Monserrat.
Los vencidos, de Joaquín Ortega Parra.
El viaje de los elegidos, de Joaquín Gálvez.
Una suma de frágiles combates, de Lucía Ballester.
Lo común de las cosas, de Ricardo Riverón Rojas.
Melodías de mujer, de Joely R. Villalba.
La guadaña de oro y Jesús, tú eres mi alegría y El hotel de los lunes, de José Villacís.
Amaos los unos a los otros, de Oscar Piñera Arenas.
Numeritos y palabras, de Roberto Ferrer.
Afuera, de Camilo Venegas.
Vendedor de espejos, de Eliecer Barreto Aguilera.
Hasta el presente (Poesía casi completa) y Otro fuego a liturgia, de Alina Galliano.
Fugitiva del tiempo, de Emilia Currás.
Cuba, sirena dormida, Refranero español de décimas y Hontanar. Antología de décimas, de Evelio Domínguez.
La memoria donde ardía, de Olga Guadalupe.
Contemplación. Thoughts and Poems, de Ileana González Monserrat.
Tribunal de sombras, de Guillermo Arango.

Las palabras viajeras, de Aimée G. Bolaños
Cuba en verso: la isla entre rejas, de Ada Bezos Castilla.
Adán en el estanque, de Yoandy Cabrera.
Lenguaje de mudos, de Delfin Prats.
Vida ensombrecida, de Eugenia Muñoz.
El duende (Poemas y cuentos) y Heridas (Poemas), de Víctor Reynaldo Marrero Pérez.
Los poetas nunca pecan demasiado, de Manuel A. López.
El centeno que corta el aire, de Margarita García Alonso.
El libro de las conversiones imaginarias, de Jorge Luis Arcos.
La casa de mis abuelos (Poemas y cartas), de Castor González Madrazo.
Los poemas de Suecia / The Sweden Poems, de Oliver Welden.
Cuba: Poema mitológico, de Guillermo Rodríguez Rivera.
Los cristales que te hincan, de Lina de Feria
El ángel o la bestia, de Tamara G. Méndez Balbuena.
El ojo de la gaviota, de Félix Anesio
Sepia, de Ena Columbié.



Últimos poemarios de Magali Alabau en Betania

Magali Alabau

DOS MUJERES



BETANIA

Magali Alabau

VOLVER



BETANIA

Magali Alabau

HEMOS LLEGADO A ILIÓN



BETANIA



Magali Alabau, poeta, nació en Cienfuegos, Cuba y reside en New York desde 1966. Hasta mediados de los años 80's desarrolló una amplia carrera teatral. Tras retirarse del teatro comenzó a escribir poesía. Obtuvo el Premio de Poesía de la Revista *Lyra* (New York, 1988), la Beca *Oscar B. Cintas* de creación literaria (1990-1991) y el Premio de

Poesía Latina (1992), otorgado a su libro *Hermana* por el Instituto de Escritores Latinoamericanos de Nueva York. Ha publicado los poemarios: *Electra, Clitemnestra* (Editorial El Maitén, Chile, 1986), *La extremaunción diaria* (Ediciones Rondas, Barcelona, 1986), *Ras* (Ediciones Medusa, New York, 1987), *Hermana* (Editorial Betania, Madrid, 1989), *Hemos llegado a Ilión* (Editorial Betania, Madrid, 1992), *Liebe* (Editorial La Torre de Papel, Coral Gables, 1993). En el 2011, después de casi dos décadas de silencio, la Editorial Betania, publicó su poemario *Dos Mujeres*. Su libro *Volver* se publicó en Madrid en 2012. Sus poemas han aparecido en revistas y antologías en Estados Unidos, Cuba, Europa y América Latina. En la actualidad reside en Woodstock, New York.



editorial **BETANIA**
Colección **BETANIA** de Poesía